

## JUVENTUD, DIVINO TESORO

Es evidente que vivimos en la sociedad de la belleza, de la juventud, del aprovechamiento hasta la última gota que la vida nos ofrece, mientras el cuerpo nos lo vaya permitiendo. No existen los límites y si alguna vez los hubo estarían para saltarlos. Hasta los adultos se esfuerzan en que no se les noten las canas y en disimular las arrugas. Si debiéramos buscar dos palabras para definir nuestro mundo éstas podrían ser: belleza y apariencia. El tiempo sigue su curso de manera inexorable aunque nosotros intentemos detenerlo. Nos negamos a admitirlo porque nos sitúa, frente a frente, con nuestro destino: la vejez. ¡Palabra prohibido en el vocabulario moderno! "Manténete siempre joven"! El sexo fue tabú, hoy es el envejecimiento y la muerte. Y así habremos perdido una de las mayores riquezas que la vida puede ofrecernos: la experiencia, la historia.

Con esta pequeña introducción tratemos de reflexionar un poco sobre el papel de los viejos en nuestra sociedad. Viejos, sí viejos. ¿No es eufemismo lo de "tercera edad"? Seguro que es una palabra que suena mal la de viejo pero, al igual que los vinos, es sinónimo de solera, de sabor, de cuerpo, en definitiva, de calidad. ¿Por qué empeñarnos en despreciar algo en lo que todos estamos llamados a convertirnos? ¿Por qué apartar vidas cargadas de experiencias, de anhelos, de esperanzas truncadas y realizadas? ¿Por qué no aprender del saber vivido y ex-

perimentado? ¿Por qué olvidar nuestra propia historia?

Cada abuelo y abuela, tío o tía, guardan en ellos mismos las riquezas de las familias, lo vivido en un pueblo, la historia de una comarca. La lluvia es un elemento que todo lo hace olvidar, como el tiempo, pero hay cosas que por buenas o malas deben ser recordadas de generación en generación.

Los asilos no son lugares lúgubres, oscuros o sin esperanza. Son sitios tremendamente luminosos para aquellos ojos que saben buscar y ver. ¿Cómo no leer en las manías de aquella "abuelita" toda una historia de trabajo, de sufrimiento, de entrega en la crianza de los hijos hasta que se han valido por si solos? ¿Cómo no ver en el "huraño" abuelo toda una vida de sudores, de desgarros en las manos, y unos brazos musculosos de cargar el peso de la vida?

Ya no nos queda tiempo ni para ellos. Si acaso algún domingo perdido y, quizá, de mala gana. ¿Soportar otra vez sus "batallitas"? Es enternecedor recordar a los nietos en torno a los abuelos escuchando sus historias, sus cuentos, sus invenciones. Ellos, de alguna forma, con sus silencios y sus regaños, con sus manías y sus terquedades, son la salvaguarda de la familia, lo que les da empaque.

¡Cuántas veces la abuela le ha hecho ver a la madre que su castigo era demasiado duro para con los nietos! Dan alegría y

serenidad, visión tranquila y amplia de la vida que tiene toda la familia: desde las travesuras de los niños, hasta los problemas de los mayores.

Creo que no exagero al pensar que muchas de las coas que estamos haciendo nos vienen dadas por los ejemplos que vemos de otras sociedades. Igual que deberíamos seguir más la dieta mediterránea, para nuestra salud corporal, podríamos considerar, una vez más, las ventajas que tiene que los abuelos vivan en nuestras casas.

¿Asilos? ¿Para qué? No reconoceremos nunca lo suficiente la labor callada y servicial que hacen determinadas personas a favor de los viejos de nuestra sociedad. Esperemos a ver los frutos. Ellos son nuestra propia vida vista desde la distancia, desde la historia, desde lo vivido. Nos estorban porque nos hacen ver lo que seremos algún día. No es indigno, no es una vergüenza. Al contrario, es una vida entregada por los hijos, "para que ellos tengan lo que yo no pude tener". Ahí está el gran ejemplo, cuando nosotros sólo pensamos en disfrutar y en pasárnoslo bien el mayor tiempo posible de nuestra vida y si es a costa de no tener hijos pues adelante. ¿Qué nos encontraremos en nuestra manos cuando lleguemos a su edad? ¿Cremas anti envejecimiento? ¿Olor a colonia de Navidad? ¿Qué vida habremos hecho realidad para nosotros y los que nos rodean?

Miguel A. Jiménez